

Mely González
Aróstegui

*Cultura de resistencia
y liberación en el
proyecto revolucionario
martiano*



La historia de Cuba ha sido, en parte considerable, la historia de una lucha contra la dominación externa, tanto la española como la norteamericana. En el contexto de esta lucha se ha desarrollado el pensamiento y la cultura del país, desde la misma formación de la nacionalidad cubana hasta la actualidad.

El rechazo a la imposición foránea y un abierto compromiso de liberación donde se impulsa la búsqueda de lo auténticamente cubano, son elementos que se han convertido en momentos claves para el proceso de la identidad nacional. Siguiendo la lógica de los trabajos de la investigadora Olivia Miranda puede fundamentarse que, como consecuencia de lo prolongado de la lucha por la liberación en Cuba, el ideal emancipador devino una constante en la evolución de las ideas, convirtiéndose en un eje en torno al cual se fue conformando la cultura nacional.¹ A esto debe agregarse que la cultura cubana ha estado representada, en su esencia más profunda, por las tendencias más progresistas de la sociedad, que han resistido a la penetración dominadora de las más diversas maneras.

La cultura cubana puede caracterizarse en este sentido como una cultura de resistencia y liberación, sustentada por corrientes ideológicas que se desgajan de toda esta tradición. Otra de las características de la cultura, tanto en Cuba como en América Latina, es una identificación singular con la política en el

¹ «Reflexiones en torno al estudio de la ideología de la emancipación en Cuba en el siglo XIX», *Islas*, (108): 119; 1994.

quehacer intelectual de los siglos XIX y XX. Eduardo Torres-Cuevas, en su estudio sobre la «cubanidad», observa cómo las ideologías en Cuba se expresan más como políticas que como esquemas filosóficos. Es por eso que «José Agustín Caballero, Félix Varela, José Antonio Saco, José Martí, Manuel Sanguily, Enrique José Varona, serían totalmente incomprensibles si se les estudiara sólo por sus obras filosóficas».²

Son precisamente las corrientes ideológicas que se desgajan de toda esta tradición las que sustentan en lo fundamental la cultura de la resistencia cubana. En su devenir, han expresado en síntesis todo un proceso que de manera ascendente, aunque con marcadas contradicciones y rupturas, ha ido formando la conciencia cubana. Las ideas se manifiestan con una gran movilidad hacia la búsqueda de ese «sentimiento» (que se expresa de muy diversas maneras) y que se hace notar como manifestación de la personalidad propia que singulariza a la sociedad criolla.

El proyecto independentista defendido por Martí, síntesis de esa cultura de resistencia y liberación, superó al proyecto autonomista, por su esencia revolucionaria. La alternativa de liberación social planteada por Martí parte de las prédicas de los ilustrados liberales cubanos, fundamentalmente de Varela y Luz, y sobre todo del ideario acumulado a través de las contiendas contra el dominio español, pero los supera. Su programa rector evidenciaba su madurez como pensador, político y cubano, aunque debe quedar establecido que el pensamiento martiano no es un todo homogéneo y sin contradicciones. En su obra se observa —siguiendo a la Dra. Isabel Monal— el tránsito de un anti-anexionismo liberal (tanto enciclopedista como positivista) a un antimperialismo sustentado en el democratismo revolucionario, que rompe con el liberalismo enciclopedista precedente o con el positivista que le es contemporáneo.³ Es precisamente este tránsito el que marca el paso del pensamiento martiano hacia una cultura de liberación. Nos detendremos a continuación en el análisis de todo este proceso de superación en Martí.

² EDUARDO TORRES-CUEVAS: «Apología de nuestra historia (segunda parte)», *Contra-corriente*, (2): 8; 1995.

³ ISABEL MONAL: «José Martí: del liberalismo al democratismo antimperialista», *Casa de la Américas*, (76): 24-41; ene., 1973.

El pensamiento liberal cubano, y sobre todo el de los hombres que aspiraban a un sistema político republicano, mantuvo una tradición de mirar hacia el continente: el modelo político que se perseguía se había puesto en práctica en los Estados Unidos desde fines del siglo XVIII, y en las repúblicas latinoamericanas desde los años veinte del siglo XIX. La hegemonía ideológica del liberalismo a partir de entonces se fue conformando cada vez más hasta llegar a ser el modelo habitual de la conciencia social en el país, como la expresión más consecuente del crecimiento impetuoso de una economía mercantil volcada hacia el comercio exterior. De esta forma, las experiencias republicanas del norte y del sur del continente llamaron cada vez más la atención de los diferentes sectores de las clases sociales y de sus ideólogos. Los presupuestos liberales sirvieron de punto de partida para corrientes políticas como el reformismo, el anexionismo, el independentismo, el antinjerencismo y el antimperialismo.⁴

El pensamiento de José Martí que se asumió en los primeros años republicanos fue, en lo fundamental, el anterior a 1887, cuando no había superado aún su ideario liberal. Este pensamiento estuvo marcado por la influencia del ideal de la Revolución Francesa de 1789, de la Constitución de los Estados Unidos de América y del pensamiento inglés de mediados del siglo XIX. Para ese entonces sus preocupaciones giran alrededor de lo que debía ser un régimen liberal, cuyo modelo era Estados Unidos. Al igual que la mayoría de los liberales radicales de la época, Martí creía en el funcionamiento democrático de las instituciones norteamericanas. Se proyectaba en torno a cómo lograr el establecimiento de una República, cómo institucionalizarla, cómo mantener su funcionamiento democrático, y la solución para América Latina era resumida por él en la fórmula: tierra e instrucción. (Esta idea se va a mantener en el segundo período, pero sin sostener la tesis de que la existencia de muchos pequeños propietarios privados era la solución más acertada).

También fue característico en Martí durante este período la denuncia a las aspiraciones de Estados Unidos de dominar a toda Sudamérica, y a Cuba en particular. Pero a pesar de que se percata de la existencia de elementos nocivos del sistema: corrupción, procesos electorales, etc., cuando empieza a dar seña-

⁴ PEDRO PABLO RODRÍGUEZ: «Formación del pensamiento latinoamericanista en Martí», *Anuario del Centro de Estudios Martianos*, (2): 138; 1979.

les de las enseñanzas que le iba dejando su estancia en Estados Unidos, no se elimina su adhesión al liberalismo.

En las «Escenas Norteamericanas» de los primeros años de la década del ochenta, Martí da cuenta del conflicto de las clases sociales, pero insiste en la necesidad de moderación de estos enfrentamientos. Se pone al descubierto la visión del pueblo como un todo y no dividido en clases o grupos de clases, pensando de manera ingenua que mientras menos se hablara de clases con mayor facilidad podrían paliarse las contradicciones. (Un pensamiento similar se observa en los representantes de la ideología antimperialista de corte liberal de inicios del siglo xx). Pero si desaprueba acciones obreras, como, por ejemplo, los sucesos de Haymarket, hay que tener en cuenta que en su visión estaba influyendo la incapacidad de los grupos socialistas y anarquistas residentes en Estados Unidos de desarrollar una lucha coherente bajo las nuevas condiciones históricas en ese país. Más adelante Martí cambia sus posiciones con respecto a la clase obrera.

A continuación analizamos la etapa del pensamiento martiano, que contiene ideas más radicales que no pudieron ser asumidas en su integralidad por el movimiento intelectual de inicios del siglo xx, para que se comprenda por qué este movimiento no pudo superar a Martí, justificado en gran medida por las condiciones históricas en que hubo de desarrollarse.

El viraje del pensamiento martiano hacia posiciones más radicales que le permiten superar su liberalismo inicial en lo fundamental, está marcado, entre otros factores, por el énfasis que pone en la forma de propiedad de la tierra como la razón del desequilibrio social, identificándose inicialmente con las ideas de Henry George y otros reformistas norteamericanos: «Del abuso de la tierra pública, fuente primaria de toda propiedad, vienen esas atrevidas acumulaciones de riquezas que arruinan en la competencia estéril a los aspirantes pobres: vienen esas corporaciones monstruosas, que inundan o escogen con su avaricia y estremecimientos la fortuna nacional: vienen los inicuos consorcios de los capitales que compelen al obrero a perecer sin trabajo, o a trabajar por un grano de arroz: vienen esas empresas cuantiosas que eligen a su costo senadores y representantes».⁵

⁵ JOSÉ MARTÍ: «New York en junio», *Obras completas*, t. II, p. 19, Editorial Nacional de Cuba, La Habana, 1964-1965. (En adelante, tomos y páginas con números romanos y arábigos, respectivamente.)

Al concluir que el problema agrario era el punto de partida para la solución de los males sociales y que el equilibrio social depende del sistema de propiedad y distribución del suelo, Martí propone (también influido por las ideas de George) la nacionalización de la tierra. (En los inicios del siglo xx solo Gandarilla es capaz de señalar algo así). Por ser un bien público la tierra debía pertenecer a la Nación: nacionalizar la tierra, «los derechos públicos, no deben ser cedidos en propiedad a empresas privadas.»⁶ Martí emite entonces juicios críticos sobre el capitalismo, aunque sin oponerse frontalmente a la propiedad privada, quería liquidar las consecuencias sociales del capitalismo, que ya observaba a su alrededor, con la sola liquidación de la propiedad sobre la tierra. Aquí debe señalarse una limitación, se desconoce que la nacionalización de la tierra permite abolir la renta absoluta, pero deja la diferencial, y un programa agrario de este tipo no hace sino desarrollar más el capitalismo en el campo.⁷

Otro momento del viraje martiano es el abandono de su actitud antisocialista para mostrar una simpatía hacia el proletariado y su causa (lo que no quiere decir que abrazara el ideario socialista). Busca igualdad y justicia social para las amplias masas populares y critica al gran capital que llevaba a la ruina de los pequeños propietarios.⁸

Al igual que en los representantes del liberalismo reformista de inicios del xx, Martí siente atracción por las formas del capitalismo premonopolista, pero a diferencia de éstos, describe al sistema social capitalista (monopolista) como el engendrador de las huelgas y la insatisfacción colectiva, al provocar altos precios en los productos, tributos innecesarios, daños públicos que provenían de la acumulación del territorio y los bienes nacionales en manos de compañías privadas.

Momento esencial para su viraje fue también el fracaso del liberalismo en Estados Unidos, que le alertó contra las deficiencias raigales de dicho ideario.⁹ Observa rasgos del imperialismo

⁶ «Un drama terrible» (II, 176). Véase además «El cisma de los católicos en New York» (II, 146).

⁷ ISABEL MONAL: ob. cit., p. 30.

⁸ Idem.

⁹ Había fracasado el liberalismo en un país donde ni el caudillismo ni el feudalismo de tipo latinoamericano se habían impuesto, por tanto, Martí logra llegar a

expuestos décadas después por Lenin, describiendo el surgimiento del monopolio como provocador de la ruina de las pequeñas empresas comerciales, industriales o agrarias, como explotador de los obreros, como parásito que devora los recursos de una nación.

Martí comprende que los países de América Latina están necesitados de capital, pero expresa su temor a sustituir «una nación estancada en una nación prostituida». Capta la conformación del riesgo imperialista que ha ido adquiriendo Estados Unidos y es precisamente en el análisis de los monopolios donde su crítica se hace más acertada y certera. La crítica a Jay Gold, el magnate ferroviario es una manifestación concreta de esta visión de Martí.¹⁰

El crecimiento de la exportación de capitales llama la atención de Martí, así como el reparto de territorios entre las grandes asociaciones monopolistas internacionales, que le llevan a denunciar el afán expansionista norteamericano, condenando sus acciones sobre Samoa en 1889 y Hawai en 1890. En la I Conferencia Internacional Americana denuncia abiertamente la actitud neocolonialista de Estados Unidos.¹¹

una importante conclusión: la amenaza a la injusticia y las desigualdades no provienen sólo del sistema de caudillaje feudal, sino también del empuje capitalista, del impresionante crecimiento de una oligarquía financiera explotadora. Una sociedad cuya construcción mostraba la existencia de fuerzas que le convertían en una amenaza para el resto de las sociedades latinoamericanas.

¹⁰ «El monopolio está sentado, como un gigante implacable, a la puerta de todos los pobres. Todo aquello en que se puede emprender está en manos de corporaciones invencibles, formadas por la asociación de capitales desocupados, a cuyo influjo y resistencia no puede esperar sobreponerse el humilde industrial, que empeña la batalla con su energía inútil y unos cuantos millares de pesos. El monopolio es un gigante negro» (X, 85).

¹¹ Véase «Congreso Internacional de Washington» (VI, 46). Esta Conferencia resultó impactante en la maduración del pensamiento antimperialista martiano: «Jamás hubo en América, de la independencia acá, asunto que requiera más sensatez, ni obligue a más vigilancia, ni pida examen más claro y minucioso, que el convite que los Estados Unidos potentes, repletos de productos invendibles y determinados a extender sus dominios en América, hacen a las naciones americanas de menos poder, ligadas por el comercio libre y útil con los pueblos europeos, para ajustar una liga contra Europa, y cerrar tantos con el resto del mundo. De la tiranía de España supo salvarse la América española, y ahora, después de ver con ojos judiciales los antecedentes, causas y factores del convite, urge decir, porque es la verdad, que ha llegado para la América Española la hora de declarar su segunda independencia.

Trabajos como las crónicas sobre los Congresos nos demuestran que el antimperialismo de Martí no se sustentaba solo en bases éticas, sino en el descubrimiento del fundamento económico del peligro, de lo inminente del mismo. Los cantos de sirena del imperialismo en formación no le seducen, pese a que por lo general el consenso era de admiración a esta época de desarrollo estadounidense, que los historiadores de Estados Unidos han dado en llamar «Edad de Oro».¹²

Martí llama a la lucha porque no hay otra opción: es fundamental que todos entiendan que «el convite» panamericano es solo una estrategia norteamericana de debilitar a América Latina y posibilitar así el asalto a estos países. Por lo tanto, sus trabajos de estos años posteriores a 1887 (sobre todo «Nuestra América») son un llamamiento que comprende una crítica a la realidad latinoamericana desde dos perspectivas: la que se refiere al imperialismo como peligro externo, y la que se refiere a los factores «internos» al nivel de las relaciones políticas y las prácticas ideológico-culturales dominantes que podrían facilitar la penetración imperialista en nuestros países.¹³

El proyecto de Martí trasciende los marcos de una cultura de la resistencia para convertirse en manifestación concreta de una cultura de liberación. Martí fue de la exposición de la corrupción de la sociedad norteamericana en transformación a la denuncia de un sistema económico y social que no podía ser ya la opción de progreso que civilizaria al continente, llegando a la conclusión de que para resolver la crisis interna se hacía imprescindible la subversión del sistema social como un todo. Al respecto plantea Fernando Martínez Heredia: «El pensamiento martiano fue el más subversivo de su época, para Cuba y América Latina, porque fue a la raíz de los problemas fundamentales y de su superación, y mostró un camino para crear nuevas realidades y hombres nuevos, enlazando el proyecto más am-

¹² AUGUSTO E. BENÍTEZ: «José Martí contra el surgimiento del panamericanismo», *Anuario del Centro de Estudios Martianos*, (4): 164; 1981.

¹³ «Nuestra América» (VI, 138). En su ensayo «Nuestra América» expresa tesis radicales como es la de señalar el peligro mayor para América Latina en el «vecino formidable», «el águila temible», «el yanqui aniquilador y rapaz». La diferencia de orígenes, métodos e intereses entre los Estados Unidos y la América Latina estaba próxima a convertirse en un intento de apoderamiento y dominio del primero sobre la segunda.

bicioso de liberación nacional y humana concebido hasta entonces en América con las propuestas concretas de cómo ir realizándolo.»¹⁴

Martí legó un proyecto histórico universal y original que hizo posible definir una alternativa de poder expresada en un programa para la transformación del tipo de Estado que dominaba en América. Impugna el orden existente, de aquí su aporte a la cultura de liberación continental, haciendo posible que la experiencia histórica acumulada hasta entonces en estos pueblos pudiera ser organizada como una herencia cultural abierta a desarrollos posteriores, una historia comprendida a la luz de intereses sociales.

La crítica que Martí realizó a las relaciones internas de dominación en América Latina pueden extenderse al Estado oligárquico como forma general en que dichas relaciones de dominación tienen existencia concreta. Es cierto, como bien plantea Guillermo Castro Herrera, que aunque Martí no utiliza la palabra oligarquía, como tampoco en general la palabra imperialismo, hoy podemos llamar con esos términos el objeto real de sus críticas. Por eso, si el imperialismo es visto por Martí como peligro externo en primer orden, el sistema de dominación interno es señalado como antifuncional respecto a los intereses populares; de aquí su sentencia: «El problema de la independencia no era el cambio de formas, sino el cambio de espíritu».¹⁵

Hay en Martí una visión diferente de la historia, una necesidad de llevar hasta sus últimas consecuencias los contenidos democráticos de las luchas de independencia. Es el intento de provocar una nueva visión de la historia donde el pueblo sienta la historia como un proceso que marcha hacia la superación de toda forma de dominación. Existe entonces dentro de esta concepción una vía de movilización de las masas para la transformación de las estructuras sociales. O sea, que no sólo se da la alternativa de una nueva interpretación de la realidad, sino ante todo de actitudes ante esa realidad para transformarla. Coincidimos entonces en otorgar al proyecto martiano la calidad de

¹⁴ FERNANDO MARTÍNEZ HEREDIA: «Nuestra América. El presente y el proyecto de la América Latina.», *Anuario del Centro de Estudios Martianos*, (14): 175; 1991.

¹⁵ VI, 19.

manifestación concreta de la cultura de liberación como línea ascendente del pensamiento cubano.¹⁶

El tono antimperialista que adquieren las ideas de Martí en esta época le imprimen un carácter más radical a su pensamiento que supera definitivamente al liberalismo. La superación en el proyecto martiano del antianexionismo de los proyectos ilustrados liberadores del siglo XIX es reconocido por Olivia Miranda, cuando plantea que «se había producido la conversión del antianexionismo tradicional del pensamiento progresista y revolucionario cubano en antianexionismo de fundamentación democrático-revolucionaria».¹⁷

Martí llega a una comprensión cabal del problema para el caso cubano, siendo una la alternativa: o república verdadera (en la acepción martiana) o asimilación de nuestra nacionalidad por Estados Unidos.

La República de Martí esgrimió una igualdad que desbordaba los marcos liberales. En ella no estarían presentes el monocultivo, el latifundio, la dependencia comercial, las ataduras políticas que observó en América Latina. De aquí su concepción de revolución más allá de la independencia, desechando toda posibilidad de anexión o toda gestión pacífica que intente Estados Unidos con España y subrayando la imposibilidad de que la revolución estuviese vinculada a la participación de la burguesía cubana, ni de aquella modalidad excluida por la estructura productora para la exportación que aspirara a una reestructuración o reforma parcial del ordenamiento económico y social. No podía estar vinculada todavía a la acción independiente y exclusiva de los sectores y clases más desposeídos de la sociedad: sería el resultado de la unión de todas las fuerzas.¹⁸

El Partido Revolucionario Cubano era la fórmula que viabilizaba la unión, era la organización no solo para lograr la independencia, sino además para garantizar la sociedad que se deseaba construir y la idea del equilibrio del mundo, estrechamente

¹⁶ GUILLERMO CASTRO HERRERA: «Cultura y sociedad en Martí», *Anuario del Centro de Estudios Martianos*, (5): 168; 1982.

¹⁷ OLIVIA MIRANDA: «El marxismo en el ideal emancipador cubano durante la República neocolonial», *Temas*, (3): 46; 1995.

¹⁸ RAMÓN DE ARMAS: «La República cubana de Martí», *Casa de las Américas*, (76): 45; 1973.

vinculada al criterio de que solo la independencia de Las Antillas podría garantizar el equilibrio necesario.¹⁹

Martí identifica antianexionismo con antimperialismo; he aquí otro factor que no era posible en el reformismo liberal de inicios de siglo. Y es precisamente este elemento lo que da al ideario martiano una madurez política y un alcance universal muy significativos.²⁰ José Antonio Portuondo demuestra la misión que asume Martí de cegar todas las formas en que la anexión trató de infiltrarse (colonia, estado, protectorado), enfrentando el latinoamericanismo al panamericanismo enarbolado por Estados Unidos.²¹

El programa rector de Martí evidenciaba su madurez de pensador, político y cubano. La alternativa de liberación social planteada por él parte de las prédicas de los ilustrados liberales cubanos, fundamentalmente de Varela y Luz, pero sobre todo del ideario acumulado a través de las contiendas contra el dominio español, superándolas. De profunda raíz popular, la alternativa que Martí nos propone no hace exclusiones internas: una República «con todos y para el bien de todos» debe necesariamente contar con los sectores populares, además de aglutinar a su alrededor a todas las clases sociales progresistas. Esto explica en buena medida el gran poder de convocatoria que tuvo el pro-

¹⁹ «El tercer año del PRC. El alma de la Revolución y el deber de Cuba en América» (II, 76). Esto provocaba que la estrategia martiana se manifestara en dos planos: la liberación de Cuba y el enfrentamiento al imperialismo norteamericano desde el «portón fuerte» de Las Antillas. «Es un mundo lo que estamos equilibrando: no son sólo dos islas las que vamos a libertar», afirmaba Martí (Idem).

²⁰ En el proyecto liberador martiano el antimperialismo se define como programa de lucha. Para evitar que se cumpliera el «Destino Manifiesto» proclamado por los políticos norteamericanos, el programa de Martí comprendía dos condiciones: la toma de conciencia de los pueblos de Cuba y Puerto Rico y la unión de todos los países latinoamericanos en un frente común.

²¹ JOSÉ ANTONIO PORTUONDO: «La cultura cubana en 1868», *Universidad de La Habana*, XXXII (192): 132. Cuando en 1889 los emigrados cubanos José Ignacio Rodríguez y Ambrosio González conciben un proyecto en virtud del cual Cuba compraba a España su libertad mediante una indemnización que sería garantizada por otra potencia, Martí se percató de las intenciones anexionistas del proyecto y le hace una crítica que se manifiesta en carta a Gonzalo de Quesada: «la indemnización ¿quién la habría de garantizar sino la única nación americana que puede hacerla efectiva? Y una vez los Estados Unidos en Cuba, ¿quién los saca de ella? [...] Ese plan, en sus resultados, sería un modo directo de anexión» (I, 255).

yecto, diseñado para las mayorías, no para una minoría dominadora.

El ideario independentista promulgado por Martí y su realización en el movimiento de liberación nacional constituyeron los hechos más elevados del proceso social de entonces, dejando una huella en la conciencia nacional que tendría posteriormente amplias manifestaciones en el pensamiento de la República. Tanto en el antinjerencismo como en el antimperialismo de corte liberal, corrientes de pensamiento que en la República rechazaron la penetración foránea, se asumió en lo fundamental el pensamiento martiano anterior a 1887, caracterizado por ideas independentistas y antianexionistas, y por un liberalismo que solo fue superado por el viraje radical de Martí hacia un antimperialismo democrático a finales de la década del ochenta. De aquí el carácter antianexionista e independentista del movimiento intelectual de las primeras dos décadas del siglo xx. Pero a pesar de que las ideas de Martí se conocían en lo fundamental, la parte más radical de su ideario, su democratismo antimperialista no pudo ser asumido, bajo condiciones histórico concretas diferentes, en las que también se movían diferentes intereses de clase. Los representantes del movimiento liberal reformista del xx no podían atacar el orden de la sociedad burguesa, ni sentir atracción por las masas populares.

En gran medida, la muerte prematura de Martí inició el proceso de frustración, no solo de su proyecto liberador, sino de todo el proceso revolucionario radical que debía llevar a una República distinta al resto de las repúblicas latinoamericanas. La disolución del PRC por Estrada Palma desde los Estados Unidos,²² y las contradicciones que desunían a las fuerzas mambisas encargadas de materializar un proyecto elaborado precisamente para contar con las bases que se estaban destruyendo, desarticuló a la Revolución antes de producirse la intervención norteamericana.

Surgió la república sobre los pilares de un modelo neocolonial, por lo que la historia demostró algo que Martí había augurado: podía establecerse un proyecto dependiente aún en nombre de

²² JOEL JAMES: *La república dividida contra sí misma*, p. 28, Editorial Arte y Literatura, La Habana, 1974. El autor comenta el desastre que significó para la política y los intereses del independentismo cubano la desactivación del PRC.

la independencia. El peligro avizorado se materializaba: con su intervención en Cuba, los Estados Unidos comenzaban su expansionismo hacia el sur, convirtiéndose Cuba en una pieza importante de la estrategia yanqui de mercado y capital. ●

